

Grecia y del Asia se preocuparon mucho de lo que los legados de Perseo y Eumeno habían hecho en el Senado; y con ocasión de su viaje, cuyo resultado esperaban, con diferentes pretextos, la mayor parte habían enviado legados. Entre otras, había llegado una legación de Rodas, presidida por Satyro, que no dudó hubiese comprendido Eumeno á su nación en las quejas que había expuesto contra Perseo. Movíase sin cesar y empleaba la influencia de sus patronos y huéspedes para que se le admitiese á discutir con el rey en el Senado; y habiéndolo conseguido, se excedió de los límites de la libertad contra el rey, por haber animado contra los rodios á la nación licienna y hacerse más insoportable al Asia de lo que había sido Antioco. Su arenga fué muy popular en Asia y agradó mucho, porque Perseo tenía también muchos partidarios allí; pero el Senado la recibió mal y perjudicó á su nación y á él. Por el contrario, la reunión de tantos odios contra Eumeno le sirvió acerca de los romanos, que le concedieron todos los honores y le colmaron de magníficos regalos, incluyendo en ellos la silla curul y el bastón de marfil.

Despedidos los legados, Harpalo se apresuró á regresar á Macedonia para anunciar á Perseo que cuando se separó de los romanos, no se ocupaban aún de preparativos de guerra, pero que se encontraban bastante mal dispuestos para dejar comprender que no tardarían en hacerlos: el rey por su parte, que creía en la guerra, la deseaba también, persuadido de que se encontraba en la plenitud de su fuerza y su poder. Su odio principal se dirigía contra Eumeno: sediento de su sangre, no quiso emprender de otra manera la guerra, y apostó al cretense Evandro, jefe de sus auxiliars, con tres macedonios, acostumbrados á prestar sus brazos para tales empresas, con objeto de que asesinasen al rey. Dióles una carta para su huésped Praxo, que gozaba en Delfos

de mucha influencia y caudal, creyéndose cosa segura que Eumeno iría á Delfos para sacrificar á Apolo. Los asesinos avanzaron con Evandro, y para realizar su nefando propósito solamente buscaban en el país que visitaron paraje á propósito. Cuando subían de Cirrha al templo, antes de llegar á un punto edificado y poblado encontraron á la izquierda, en la orilla del camino, una tapia poco elevada, por cuyo lado había que pasar uno á uno, porque por la derecha estaba derrumbado el terreno hasta cierta profundidad. Ocultáronse detrás de la tapia, después de levantar algunas piedras para desde allí, como desde un parapeto, lanzar sus venablos al rey cuando pasase. Primeramente, al partir del mar, avanzaba el rey rodeado por un grupo de amigos y satélites, pero insensiblemente se formaba la fila á medida que se estrechaba el camino. Cuando llegaron al sitio en que solamente podían pasar uno á uno, el primero que penetró en el sendero fué Pantaleón, jefe de los etolios, que en aquel momento iba hablando con el rey. Los bandidos arrojaron entonces dos piedras, de las que una hirió al rey en la cabeza y otra le contusionó un hombro. Cuando le vieron en el suelo, aprovecharon el declive del terreno para empujar sobre él una masa de piedras, y cuando todos sus amigos y satélites huyen al verle en tierra, solamente Pantaleón permanece valerosamente en su puesto para socorrer al rey.

Los asesinos, en vez de describir ligero rodeo y salir de la tapia para rematar á su víctima, creyeron consumado el crimen y huyeron á la cumbre del Parnaso; y tanto corrían, que viendo á uno de ellos, que no podía seguirles por escabrosidades impracticables, ceder en la fuga, temiendo que le cogiesen y revelase su retiro, le mataron. En derredor del cuerpo del rey se reunieron primeramente sus amigos, luego sus satélites y esclavos que le levantaron desvanecido y privado de cono-

cimiento por consecuencia de sus heridas. El calor y la respiración, sensibles aun en el pecho, les hizo ver que vivía; pero tenían poca ó ninguna esperanza de que sanase. Algunos satélites que se pusieron en persecución de los asesinos y que con mucho trabajo subieron hasta la cumbre del Parnaso, volvieron sin resultado. Los macedonios, que habían querido dar un golpe tan audaz como irreflexivo, lo abandonaron con igual irreflexión y cobardía. Recobrando el conocimiento el rey, á la mañana siguiente le trasladaron sus amigos á su nave, marchando á Corinto y desde allí á Egina por la angostura de Isthmo. Su tratamiento fué tan secreto, no admitiéndose ningún testigo, que se propagó en Asia la noticia de su muerte. El mismo Atalo dió crédito á la noticia con apresuramiento poco conforme con el cariño fraternal, hablando á la esposa de su hermano y al prefecto de la fortaleza como heredero seguro de la corona. Enteróse de ello Eumeno después, y aunque decidido á disimular, sufrir y callar, en su primera entrevista no pudo menos de reconvenir á su hermano el prematuro apresuramiento con que había pedido la mano de la reina. A Roma llegó también el rumor de la muerte de Eumeno.

Por este tiempo mismo regresó de Grecia C. Valerio, adonde se le envió en calidad de legado para enterarse del estado del país y espiar las operaciones de Perseo: su relato estaba completamente conforme con las quejas de Eumeno. Trajo con él á Praxo, cuya casa en Delfos había servido de refugio á los bandidos, y á L. Rammio de Brindis, quien denunció el hecho siguiente. Era este L. Rammio el varón más notable de la ciudad de Brindis, y en su casa recibían hospitalidad todos los generales romanos, todos los legados distinguidos de los pueblos extranjeros y principalmente de los reyes. Por esta razón le conoció Perseo sin haberle visto; des-

pués, en virtud de una carta que le hacía esperar estrecha amistad, y como consecuencia brillante fortuna, partió para ver al rey, hizose familiar suyo, y penetró más de lo que quería en la confianza de sus planes secretos. Habiéndole prometido magníficas recompensas, el rey le propuso con grandes instancias «que en vista de que todos los generales y legados romanos se hospedaban generalmente en su casa, hiciese envenenar á los que le designase por carta. Convenía el rey en que la empresa era difícil y peligrosa; que exigía muchos cómplices y que además el resultado era incierto, porque eran indispensables sustancias enérgicas de seguro resultado y de tal naturaleza que quedase guardado el secreto. Pero se comprometía á proporcionarlas tales que nada descubriesen en el acto ni dejasen rastro alguno.» Temiendo Rammio, si se negaba, ser el primero que experimentase aquel veneno, prometió acceder; pero no quiso regresar á Brindis sin haber hablado con C. Valerio, que decían encontrarse en las inmediaciones de Calcis, y después de hacerle la denuncia, le acompañó á Roma por orden suya. Presentado en el Senado, expuso lo sucedido.

Estos datos, unidos á los que suministraba Eumeno, contribuyeron á que se considerase á Perseo como enemigo, cuando se vió que en vez de hacer preparativos de guerra como permite el derecho de gentes y como puede confesarlos un rey, recurría á medios clandestinos, abominables, al asesinato y al veneno. Dejóse para los cónsules nuevos la gestión de aquella guerra, aunque por el momento se encargó á C. Sicinio, pretor que tenía la jurisdicción de los litigios entre ciudadanos y extranjeros, que alistasen tropas que se llevarían primeramente á Brindis, para que en el primer momento pudiesen pasar á Apolonia, en el Epiro, y ocupar las ciudades marítimas donde el cónsul á quien designase

la suerte para Macedonia podría abordar fácilmente y desembarcar con comodidad sus fuerzas. Retenido Eumeno algún tiempo en Egina por consecuencia de su larga y difícil curación, partió para Pérgamo en cuanto pudo hacerlo sin peligro, y estimulado por el nuevo atentado, además de su antigua enemistad contra Perseo; se preparó apresuradamente para la guerra. De Roma le enviaron una legación para felicitarle por haber librado de tan grave peligro. Aplazada la guerra de Macedonia por un año y partidos los pretores para sus provincias, M. Junio y Sp. Lucrecio, á quienes la suerte había dado las Españas, después de tantas instancias con que habían fatigado al Senado, consiguieron al fin alistar tres mil hombres de á pie y ciento cincuenta de á caballo para las legiones romanas, y para las tropas auxiliares cinco mil de infantería y trescientos de caballería. Este fué el número de tropas que partieron para España con los nuevos pretores.

Aquel mismo año por consecuencia de la información del cónsul Postumio, que hizo ingresar en el dominio público considerable porción de territorio campanio que se habían apropiado los particulares, M. Lucrecio, tribuno del pueblo, publicó un decreto mandando á los censores que arrendasen á usufructuarios el territorio campanio. No se había adoptado aquella medida después de tantos años como habían mediado desde la conquista de Capua, y la avidez particular había tenido ancho campo para desarrollarse. Cuando el Senado se encontraba en expectación porque había decretado la guerra sin estar declarada, ignorando qué reyes adoptarían su causa y cuáles la de Perseo, llegaron á Roma legados de Ariaratho, trayendo con ellos el hijo menor del rey. Su lenguaje fué para decir en suma que el rey enviaba á su hijo para que se educase en Roma, para que desde su infancia se adaptase á las costumbres ro-

manas y se aficionase á sus hombres. Que les rogaba le entregasen no solamente á la guarda de hospitalidad particular, sino que hasta le colocasen bajo una manera de patronato y tutela pública. La legación del rey agradó al Senado, decretando que el pretor Cn. Sicinio alquilase una casa amueblada en la que pudiesen alojarse el hijo del rey y sus compañeros. También vinieron legados tracios para discutir delante del Senado y pedirle alianza y amistad: concediéronles lo que pedían y les regalaron dos mil sextercios á cada uno. La Tracia se encuentra á la espalda de la Macedonia y agradó mucho haber hecho á los tracios aliados. Pero con objeto de saber á qué atenerse también en cuanto al Asia y las islas, enviaron dos legados, Ti. Claudio Nerón y M. Decimio, quienes recibieron orden de abordar á Creta y Rodas, para estrechar los lazos de amistad y para observar también si se inclinaban los ánimos en favor de Perseo.

La expectación de esta nueva guerra tenía la ciudad en suspenso, cuando en una tempestad nocturna, la columna rostral que elevó en el Capitolio durante la segunda guerra púnica el cónsul que tuvo por colega á Sér. Fulvio, quedó completamente destruída por un rayo. Consideróse como prodigio este acontecimiento, y como tal se dió cuenta de él al Senado, que mandó se comunicase á los arúspices y que los decenviros consultasen los libros sagrados. Declararon los decenviros que debía someterse á la ciudad á una lustración (1) y mandaron rogativas y obsecraciones (2) por todas partes; sacrificios de víctimas mayores en Roma en el Capitolio, y en la Campania en el templo de Minerva, y cuan-

(1) Sacrificio en que se paseaba la víctima que se había de inmolar.

(2) Plegaria solemne que el pontífice máximo pronunciaba en el Foro desde la tribuna de las arengas.

to antes, diez días de ayuno en honor de Júpiter Óptimo Máximo; disposiciones que se cumplieron cuidadosamente. Los arúspices respondieron que el prodigio sería fausto y que presagiaban ensanche de fronteras y destrucción de traidores; porque la tempestad había destruído aquellos espolones de naves que eran despojos arrebatados al enemigo. Nuevos prodigios vinieron á aumentar los escrúpulos religiosos. Súpose que en Saturnia había estado lloviendo sangre durante tres días; que en Calacia había nacido un borrico con tres patas, y que un rayo había matado á la vez un toro y cinco vacas; que en Auxima había llovido tierra; prodigios que dieron lugar á ceremonias religiosas, celebrándose un día de rogativas y ferias.

No habían marchado todavía los cónsules á sus provincias, porque no obedecían al Senado informando acerca del asunto de Popilio, y los senadores habían resuelto no decidir nada antes que esto. Popilio empeoró su causa con una carta en la que anunciaba que, como procónsul, había librado otro combate á los ligurios de Stacielas y que les había matado diez mil hombres. Esta injusta guerra sublevó el resto de la Liguria, haciéndola tomar las armas. No fué entonces Popilio solamente quien se atrajo las reconvenções del Senado por haber llevado la guerra, en contra de la buena fe y el honor, á un pueblo amparado por una capitulación, impulsando á la revuelta á una nación que estaba en paz, sino también los cónsules por no haber marchado á su puesto. La decisión de los Padres conscriptos avivó el celo de los tribunos del pueblo M. Marcio Sermo y Q. Marcio Scyla, que se declararon dispuestos á multar á los cónsules si no marchaban á su destino y que leyeron en el Senado la proposición que pensaban promulgar relativamente á la capitulación de los ligurios; proposición en la que decían que si un solo stacialato,

de los comprendidos en la capitulación, no estaba en libertad antes del primero de las kalendas de Julio, el ciudadano que por mala fe le retuviese en esclavitud quedaría objeto de investigación y persecución en virtud de un decreto jurado del Senado; proposición que promulgaron con autorización de los Padres. Antes de la marcha de los cónsules, el Senado concedió audiencia en el templo de Belona á C. Cicereyo, pretor del año anterior. Después que expuso su conducta en Córcega y pedido en vano el triunfo, triunfó sobre el monte Albano, según costumbre establecida ya desde muy antiguo para el caso en que no se autorizase oficialmente aquel honor. La proposición Marcia, con relación á los ligurios, recibió aprobación unánime del pueblo y se hizo ejecutoria. En virtud de este plebiscito el pretor C. Licinio consultó al Senado para que decidiese á quién encargaría la información, encomendándola á él mismo el Senado.

Al fin partieron los cónsules para sus provincias y recibieron el ejército de manos de Popilio. Éste no se atrevía á regresar á Roma, por no tener que defender su causa ante un Senado hostil y un pueblo peor dispuesto aún y ante un pretor que había pedido en la acusación dirigida contra él un senatus-consulta. Para evitar toda maniobra evasiva, los tribunos hicieron otra proposición: si no se presentaba en Roma antes de los idus de Noviembre, Licinio juzgaría y sentenciaría. Esta resolución fué como cadena que le trajo á Roma, donde el Senado le recibió como á hombre á quien se odia. Lanzáronle mil frases mortificantes y se dió un senatus-consulta disponiendo que los pretores C. Licinio y Cn. Sicinio cuidarian de que se devolviese la libertad á aquellos ligurios que, desde el consulado de Q. Fulvio y de L. Manlio, no habían cometido actos hostiles y que el cónsul C. Popilio les designaría un ter-

territorio al otro lado del Pó. En virtud de esta decisión, recobraron la libertad muchos millares de hombres, haciéndoles pasar el Pó para tomar posesión del territorio que se les había señalado. M. Popilio, en virtud de la proposición Marcia, compareció dos veces ante C. Licinio; pero á la tercera vez, el pretor, por consideración al cónsul ausente y cediendo á las instancias de la familia Popilia, le citó para el día de los idus de Marzo, en el que los nuevos magistrados debían tomar posesión de sus cargos: como para entonces sería ya simple particular, no podría administrar justicia. De esta manera quedó eludida por astutas artes la proposición relativa á los ligurios.

Encontrábanse en Roma en aquella época legados cartagineses y también Gulusa, hijo de Massinissa, entregándose éstos á vivos altercados en el Senado. «Además de los territorios que dieron lugar al envío de comisarios romanos para enterarse sobre el terreno, desde hacía dos años, Massinissa se había apoderado por la fuerza de las armas de más de setenta pueblos y castillos del territorio de Cartago. Estas cosas podía hacerlas él, á quien no se había puesto freno; pero los cartagineses, sujetos por el tratado, guardaban silencio, porque les estaba prohibido llevar sus armas fuera de sus fronteras. Sin duda que no traspasaban sus fronteras al arrojar á los númidas de su territorio; fundándose para abstenerse en el terminante artículo del tratado que les prohibía hacer la guerra á los aliados del pueblo romano. Pero eran ya intolerables para los cartagineses el despotismo, crueldad y avidez del rey, y venían para rogar al Senado que concediese una de tres cosas: que se discutiese con completa igualdad, ante el pueblo aliado, los derechos de propiedad; que quedasen los cartagineses autorizados para rechazar aquella guerra injusta, con justa y piadosa guerra; ó en fin, si el favor ven-

cia al derecho, que los romanos arreglasen de una vez para siempre los dones que quisiesen que Massinissa recibiese de otro; porque seguramente serían más moderados en su generosidad y ellos se enterarían de sus límites, porque el rey jamás reconocería otros que los caprichos de su voluntad. Si fracasaban en estas tres peticiones, y si tenían que censurarles alguna falta desde la paz que les dió Escipión, no querían ser castigados más que por los romanos. Preferían tranquila servidumbre bajo amos enviados de Roma, que libertad expuesta á los ultrajes de Massinissa. Porque, en efecto, mejor sería morir de una vez, que vivir bajo la dependencia del verdugo más cruel.» Dichas estas palabras, se prosternaron llorando, y al verles así en el suelo, no se compadecieron de ellos más que del rey.....

Decidióse preguntar á Gulusa qué tenía que contestar á aquellas acusaciones, ó invitarle á que expusiese los motivos que le habían llevado á Roma. Gulusa contestó que no le sería fácil tratar un asunto acerca del cual no había recibido instrucciones de su padre; instrucciones que ni su mismo padre había podido darle, porque los cartagineses no habían dado á conocer los motivos de su viaje, ni sus proyectos al venir á Roma; que durante algunas noches habían celebrado en el templo de Esculapio reuniones clandestinas de los principales del Estado, y que desde allí habían partido los legados con instrucciones secretas; que estos eran los motivos que decidieron á su padre á enviarle á Roma, para que rogase al Senado no diese crédito á las acusaciones de sus enemigos comunes, que le odiaban solamente por su inquebrantable fidelidad al pueblo romano. Oídas las dos partes, consultado el Senado acerca de la petición de los cartagineses, contestó que Gulusa partiría inmediatamente para la Numidia y diría á su padre enviase inmediatamente al Senado legados para

tratar el asunto de los cartagineses y prevenir á éstos que se presentasen al debate. Que si dependía de ellos hacer algo para la elevación de Massinissa, lo harían como lo habían hecho siempre; pero que no sacrificarían el derecho al favor; que querían ver á cada pueblo dueño del territorio que debía poseer, y que no intentaban establecer límites nuevos, sino conservar los antiguos. Vencedores de los cartagineses, les habían concedido ciudades y tierras; y en plena paz no habían de quitarles injustamente lo que no les habían quitado durante la guerra, cuando todo les estaba permitido. De esta manera fueron despedidos el príncipe y los cartagineses, quienes recibieron sin distinción los regalos acostumbrados, conservando los antiguos usos de hospitalidad.

Por esta misma época regresaron Cn. Servilio Cepión, Ap. Claudio Centhón y T. Annio Lusco, enviados como legados á Macedonia para presentar al rey las reclamaciones de la república y anunciarle que quedaban rotas amistad y alianza, y con el relato terminante que hicieron de lo que habían visto y oído, avivaron más y más el odio que sentían los senadores contra Perseo. «Habían visto, dijeron, en todas las ciudades de Macedonia los preparativos de guerra más enérgicos. Cuando llegaron al rey, esperaron durante muchos días permiso para acercarse á su persona. Desesperando de verle, partieron al fin, llamándoles cuando estaban ya en camino, y fueron presentados. Sus reclamaciones fueron las siguientes: el tratado convenido con Filipo fué renovado con él después de la muerte de su padre; este tratado le prohibía terminantemente llevar las armas fuera de sus fronteras, ni hacer la guerra á los aliados del pueblo romano. En seguida le expusieron detalladamente la relación exacta y fiel que oyeron á Eumeno en el Senado. Además el rey había celebrado entrevis-

tas secretas durante muchos días en Somothraces, con los legados de las ciudades de Asia. El Senado pedía satisfacción por todas estas ofensas, «exigiendo que todo lo que poseía el rey en contra de lo que le daba el tratado, lo devolviese al Senado y á sus aliados.» Encendido en ira el rey al escuchar aquello, habló enérgicamente, increpando muchas veces á los romanos por su ambición y avaricia, que enviaban legación tras legación para espiar sus palabras y sus actos, queriendo imponérsele y dirigir las unas y los otros. En fin, después de muchos gritos y ruido, les invitó á volver al día siguiente, porque quería darles contestación escrita, como en efecto se la entregó en estos términos: «El tratado ajustado con su padre no le concernía. Si había consentido su renovación, no era porque lo aprobase, sino porque en los primeros tiempos de un reinado era necesario sufrirlo todo. Si querían ajustar con él nuevo tratado, ante todo habrían de convenir en las condiciones: si podían decidirse á hacerlo bajo el pie de igualdad, vería lo que había de hacer, porque ellos atenderían al interés de su república. En seguida se retiró y á ellos les alejaron del palacio. Declarándole entonces la ruptura de la alianza y amistad, esta declaración le conmovió, y deteniéndose, les gritó que saliesen de sus estados en el término de tres días. De esta manera habían salido, sin que ahora, como á su llegada, les dispensasen la más pequeña atención hospitalaria.» En seguida dieron audiencia á los legados de Tesalia y de la Etolia. El Senado, para que se supiese cuanto antes qué nuevos magistrados tendría la república, escribió á los dos cónsules para que el que se encontrase libre viniese á Roma á celebrar los comicios para la elección de nuevos magistrados.

Los cónsules de este año no hicieron nada memorable en servicio de la república. Habíase cuidado espe-

cialmente de calmar y contener la exasperación de los ligurios. Además de la guerra de Macedonia que se esperaba, sospechábase también de la buena fe de Gencio, rey de Iliria, por los relatos de los iseenos, que se quejaban de otra devastación de sus fronteras, y que anunciaban también «que el rey de Macedonia y el de Iliria estaban de perfecto acuerdo; que se entendían para prepararse á la guerra contra los romanos, y que so pretexto de legaciones, Iliria enviaba espías á Roma, por consejo de Perseo, para enterarse de lo que pasaba allí.» Llamóse á los ilirios ante el Senado, y cuando dijeron que el rey les enviaba para justificarse de las acusaciones que los iseenos podrían formular contra él, les preguntaron por qué no se habían presentado al magistrado para que, según el uso establecido, les alojase y libertase de gastos y además para que se supiese su llegada y el motivo de su venida. Su contestación fué balbuciente y se les mandó salir del Senado. No se consideró conveniente contestarles como á legados, en vista de que no habían pedido que se les presentase al Senado, y se opinó enviar al rey legados para enterarle de «las quejas que ante el Senado habían expuesto aliados cuyo país había incendiado, censurándole su injusticia al no respetar en sus culpables empresas á los aliados.» Confióse esta misión á A. Terencio Varrón, C. Pleterio y C. Cicereyo. Los legados enviados al Asia cerca de los reyes aliados regresaron diciendo «que habían hablado con Eumeno en aquella comarca, con Antioco en Siria y con Ptolomeo en Alejandría; que todos estos príncipes habían sido objeto de las solicitudes de los enviados de Perseo, pero que permanecían invariables en su fidelidad, y se habían comprometido á entregar al pueblo romano todo lo que les pidiese; que habían visitado también las ciudades aliadas; que todas permanecían fieles, exceptuando Rodas, donde habían

encontrado los ánimos fluctuantes y amargados por los consejos de Perseo.» Habían llegado legados de Rodas para justificar á su nación de las acusaciones que sabían les dirigían habitualmente, y se decidió admitirles en el Senado cuando entrasen en funciones los nuevos cónsules.

Opinóse no aplazar los preparativos de guerra, y se encargó al pretor C. Licinio que viese entre las quinqueremes viejas, abandonadas en los astilleros romanos, las que podrían utilizarse aún, repararlas y formar una flota de cincuenta naves. Si no podía completar este número, escribiría á Sicilia á su colega Memmio para que mandase carenar las naves que había en aquella provincia y ponerlas á flote para que, al primer aviso, pudieran dirigirse á Brindis. El pretor C. Licinio recibió orden de alistar entre los ciudadanos romanos libertos las tripulaciones de veinticinco naves. Cn. Sicinio debía pedir á los alianos tripulaciones para otras veinticinco, y el mismo pretor pediría además ocho mil hombres de infantería y cuatrocientos de caballería. Para recibir estas fuerzas en Brindis y hacerlas pasar á Macedonia, fué elegido A. Atilio Serrano, que había sido pretor el año anterior, y el pretor actual Cn. Sicinio para que tuviese un ejército dispuesto para el embarque. El pretor Licinio escribió en nombre del Senado á C. Popilio que citase en Brindis para los idus de Febrero á la segunda legión, formada en gran parte de veteranos y acantonada en Liguria; así como también á cuatro mil hombres de infantería y doscientos caballos tomados entre los aliados del nombre latino. Con esta flota y este ejército debía Cn. Sicinio ocupar la provincia de Macedonia hasta que recibiese sucesor, prórrogándosele el mando por un año. Todas estas órdenes del Senado se ejecutaron con mucha actividad. Sacáronse de los astilleros treinta y ocho quinquerre-

mes, recibiendo encargo L. Porcio Licinio de llevarlas á Brindis, y se enviaron doce á Sicilia. Encargóse á tres delegados, Sex. Digicio, T. Juvencio y M. Cecilio, la compra de trigos para la flota y ejército en la Calabria y la Apulia; y cuando todo estuvo dispuesto, el pretor Cn. Sicinio partió de Roma con traje de guerra y se trasladó á Brindis.

Estaba para terminar el año cuando regresó á Roma C. Popilio: esto era acudir algo tarde á la orden del Senado que le había mandado acelerar la elección de magistrados, en vista de la inminencia de una guerra tan importante. Por esta razón no encontró los ánimos favorablemente dispuestos cuando en una sesión celebrada en el templo de Belona expuso su conducta en la Liguria. Muchos le interrumpían con gritos y le preguntaban por qué después del crimen de su hermano, que había oprimido á los ligurios, no les había devuelto la libertad. Celebráronse los comicios consulares el día que había fijado el edil, el doce antes de las kalendas de Marzo, siendo elegidos cónsules P. Licinio Crasso y C. Cassio Longino. Al día siguiente crearon pretores á C. Sulpicio Galba, L. Furio Filo, L. Canuleyo Divés, C. Lucrecio Galo, C. Caninio Bebito y L. Vilio Annalis. El decreto sobre las provincias las distribuyó de esta manera entre los pretores: designáronse dos para administrar justicia en Roma y tres para España, Sicilia y Cerdeña, quedando un pretor fuera de sorteo y á disposición del Senado. Los cónsules designados recibieron del Senado, para el día en que entrasen en funciones orden de hacer una rogativa según el sacrificio regular de víctimas mayores, para que la guerra que había proyectado el pueblo romano tuviese feliz resultado. El mismo día decretó el Senado que el cónsul C. Popilio votase á Júpiter Optimo Máximo diez días de juegos y de ofrendas, que se presentarían en todos los altares,

cuando la república hubiese permanecido diez años en el mismo estado. El cónsul se conformó con la orden, y pronunció en el Capitolio los votos relativos á los juegos y las ofrendas, tan considerables como lo permitiese la cantidad votada por el Senado, en una sesión en que no se encontraban presentes menos de ciento cincuenta senadores. La fórmula del voto se pronunció bajo el dictado del pontífice máximo Lépidio. Aquel año murieron dos sacerdotes públicos, L. Emilio Papo, decenviro de los sacrificios, y el pontífice Q. Fulvio Flaco, que había sido censor el año anterior. Este tuvo muerte vergonzosa. Anunciáronle que de sus dos hijos, que entonces servían en el Ilirico, el uno había muerto y el otro estaba atacado de grave y peligrosa enfermedad. Su ánimo decayó bajo el peso de la amargura y la inquietud, y al entrar por la mañana sus esclavos en su habitación le encontraron ahorcado. Desde la época de su censura decíase que no tenía el juicio sano, augurándose que en su cólera Juno Licinia le había perturbado la razón. Emilio fué reemplazado como decenviro por M. Valerio Messala, y Fulvio, como pontífice, por Cn. Domicio Ahenobardo, que fué promovido muy joven al sacerdocio.

En el consulado de P. Licinio y C. Cassio, no solamente la atención de la ciudad y de Italia, sino la de todos los reyes y todas las ciudades de Europa y de Asia estaba fija en la guerra entre Macedonia y Roma. Eumeno, además de su antiguo odio, se sentía estimulado por el reciente resentimiento del atentado de Delfos, donde estuvo á punto de sucumbir como las víctimas. Prusias, rey de Bithinia, había decidido guardar neutralidad y esperar los acontecimientos; porque no podía dignamente ayudar á los romanos contra su cuñado, y por medio de su hermana debía encontrar gracia ante Perseo vencedor. Ariaratho, rey de Capadocia,

además de los socórros que había ofrecido á los romanos; en su propio nombre, estaba en combinación con Eumeno, desde que era pariente suyo, para todos sus proyectos de paz y guerra. Antioeo conservaba todavía sin duda miras sobre la corona de Egipto; desdeñando la infancia del rey y la incapacidad de sus tutores; las pretensiones que alegaba sobre la Celesiria, le parecían excelente pretexto de guerra; y contaba hacer aquella guerra sin ningún apuro, mientras los romanos estaban ocupados en la de Macedonia: sin embargo, había hecho bellas promesas, tanto al Senado, por medio de legados, como personalmente á los legados del Senado. Ptolomeo, á causa de su edad, no tenía voluntad propia; y sus tutores, al prepararse á la guerra contra Antioeo, para defender la Celesiria, lo prometían todo á los romanos para la guerra de Macedonia. Massinissa les suministraba trigo y se disponía á enviarles á su hijo Misageno, con tropas auxiliares y elefantes, teniendo ordenados sus planes para todos los cambios de fortuna. Si vencían los romanos, su situación sería la misma y no le quedaban medios para moverse, porque los romanos no consentirían que se oprimiese á los cartagineses. Si sucumbía el poder romano, los cartagineses perderían sus protectores, y toda el Africa quedaba para él. Gencio, rey de los ilirios, más había conseguido hacerse sospechoso á los romanos, que saber él mismo el partido que había de adoptar; pareciendo más dispuesto á dejarse arrastrar por su fogosidad, que á guiarse por la reflexión hacia unos ú otros. El tracio Cotys, rey de los odrisos, estaba evidentemente por los macedonios. Tales eran las disposiciones de los reyes; pero en las repúblicas y países libres el pueblo, casi en todas partes, como de costumbre, se inclinaba al partido peor y estaba por Perseo y los macedonios; en los grandes podían distinguirse dos tendencias diversas. Unos mos-

traban por los romanos tan extraordinario celo, que el excesivo calor con que lo ostentaban, neutralizaba su influencia: muy pocos de este número sabían apreciar en los romanos la justicia del mando; viendo la mayoría, en los importantes servicios que podía prestarles, un medio para elevarse en el seno de su república. El otro partido era el de los cortesanos del rey, gentes á quienes sus deudas, el desesperado estado de sus negocios, si continuaba el orden de las cosas actuales, impulsaban al fuego de la revolución: otros, de vano ingenio, porque sabían que Perseo era más popular. La opinión de los hombres honrados y sensatos prefería, en el caso de tener que elegir amo, la autoridad de los romanos al cetro de Perseo, y como buenos políticos, estos hombres, si les hacía árbitros de su fortuna, rechazaban la idea de ver á una de las dos potencias enseñorearse sobre los escombros de la otra; pareciéndoles mejor que, sin gastar sus fuerzas, se contuviesen y dijeran de este modo la paz al país. Entre aquellos dos poderes, parecían la mejor condición para las repúblicas que uno protegiese siempre al débil contra las empresas del otro. Los que tenían esta opinión observaban silenciosos y serenos la lucha entre los dos partidos. Los cónsules, el día en que entraron en funciones, se conformaron con el senatus-consulta, inmolando víctimas mayores en todos los templos en que se celebra el lectisternio la mayor parte del año; en seguida, habiendo augurado que los dioses inmortales aceptaban sus ruegos, anunciaron al Senado que habían realizado el sacrificio y hecho la rogativa por la guerra de Macedonia. Los arúspices dijeron que si se intentaba alguna empresa nueva era necesario apresurarse; que presagiaban una victoria, un triunfo y el ensanche de fronteras. Los senadores dispusieron que «por la salud y prosperidad del pueblo romano, los cónsules harían en seguida al